

A pesar de todo

Vamos A Votar

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Unos 18 millones de mexicanos, si estimamos que dos tercios del total de 27 millones inscritos en el padrón se abstendrá de hacerlo, irán a las urnas el próximo domingo para elegir la mayor Cámara de Diputados de la historia mexicana, primera en la que participan siete partidos no organizados exclusivamente al calor del acto electoral.

Merced a las peculiaridades de nuestro sistema político no han prosperado en México las prácticas para medir el estado de la opinión pública en las vísperas electorales. Se han hecho por allí algunos intentos que carecen de validez científica. Nos falta, por lo tanto, material que resulte confiable para prefigurar los detalles del resultado del próximo domingo, toda vez que no es precisa ninguna dote adivinatoria para conocerlo en sus términos gruesos y generales.

Aunque una simple proyección estadística nos permitiría establecer cuáles serán los niveles de abstención, a la luz de las experiencias anteriores, la magnitud y modalidades de este fenómeno es una de las circunstancias que habrá que examinar con detenimiento a partir del próximo domingo.

Aunque una simple proyección estadística nos permitiría establecer cuáles serán los niveles de abstención, a la luz de las experiencias anteriores, la magnitud y modalidades de este fenómeno es una de las circunstancias que habrá que examinar con detenimiento a partir del próximo domingo.

Por una amplia variedad de razones existe una generalizada desconfianza pública hacia las elecciones. Antaño, los actos de celebración de esta función política producían también miedo. Aventurarse a la calle en los años cuarentas y aún en 1952 generaba riesgos para la vida, para la integridad personal o para la libertad. No sería corta la nómina de mártires electorales que podría formarse ateniéndonos sólo a los habidos en los comicios posrevolucionarios. Salvo coyunturas locales, hoy ese temor ya no existe. Pero solicitudes de diverso estilo y origen, también militan, de manera mucho más suave que las balas y los gendarmes, contra la presencia de los ciudadanos en las casillas, ya que esa desconfianza o lejanía las deja postergadas en el orden de prioridades del ciudadano común.

Con sólido fundamento histórico, abultado por el rumor y la maledicencia, este ciudadano medio supone que las elecciones las hace el gobierno, no sólo en el sentido de establecer la infraestructura para la realización eficaz de los comicios, sino en cuanto a la práctica misma en el depósito de los votos. Aunque nos parezca obviamente exagerado e increíble respecto del Distrito Federal, hemos oído decir que en una visita domiciliar realizada por candidatos del Partido Comunista, un trabajador del Departamento del Distrito Federal informó que "él ya había votado": en efecto, adujo que sus jefes, anticipándole las molestias de hacerlo el 1º de julio, le habían presentado una boleta que él cruzó (en la porción correspondiente al PRI, naturalmente), a cambio de lo cual le fueron obsequiados boletos para el fútbol. El relato peca de fantasioso hasta en sus detalles, porque muy probablemente no haya jornada futbolística el próximo domingo, pero ilustra la creencia a la que nos referimos, según la cual puede prescindirse de la presencia o de la voluntad de los votantes el primer domingo de julio, porque las suplente el gobierno.

La hegemonía del PRI contribuye también a la abstención. Sin tener nociones de politología, gruesas porciones del público electoral estiman que su voto es irrelevante: "¿Para qué voto?; al fin que de todas maneras gana el PRI". O bien, a partir de información cierta o de meras impresiones, muchos abstencionistas se disculpan diciendo, desde el enfoque del "voto inútil" por la oposición, que no sirve de nada votar contra el PRI, porque su voto no es respetado.

También contribuye al abstencionismo la distancia entre los electores y los elegidos. Aún suponiendo una campaña eficaz, que permita al candidato que resulte triunfante ser conocido por los sufragantes, la regla general es que éstos no lo vuelvan a ver, o se encuentren con él muy de tarde en tarde. El colmo ha ocurrido en las presentes vísperas electorales. Varios candidatos priistas renunciaron apresuradamente, a medio camino, a sus aspiraciones legislativas cuando encontraron una chamba mejor. Lo normal, hasta ahora, había sido que mostraran mayor prudencia: no pocos buscaban una colocación en la rama ejecutiva del gobierno y abandonaban su función parlamentaria una vez iniciada, dejando con un palmo de narices a sus electores que, formalmente al menos, habían resuelto llevarlos a ellos, y no a sus suplentes, al escaño legislativo.

A este propósito pueden citarse casos extremos en que el apetito personal de poder, agregado a coyunturas políticas peculiares deja sin representación a los electores. Por ejemplo, el estado de Hidalgo cuenta hoy con un solo senador, don Humberto Lugo Gil; el otro, don Guillermo Rosell de la Lama, ejerció la senaduría sólo tres meses y luego escogió ser secretario de Turismo. Hubiera debido ser remplazado por su suplente, don José Luis Suárez Molina, pero el mismo 1º de diciembre en que Rosell de la Lama pidió licencia, también se incorporó al gabinete don Jorge Rojo Lugo que por esa razón dejó, en mala hora, la gubernatura de Hidalgo al cuidado de Suárez Molina. Y aunque para fortuna de los hidalguenses éste ya no actúa como gobernador, quedó tan quemado en su nocivo interinato, que no se le llamó a ocupar la curul a la que formalmente tiene derecho.

La principal incógnita, pues, que se resolverá el próximo domingo radica en la magnitud y las modalidades del abstencionismo. Según las apariencias, ni siquiera la diversificación de los partidos en campaña ha conseguido conmover el espíritu público al punto de movilizarlo masivamente a la participación.

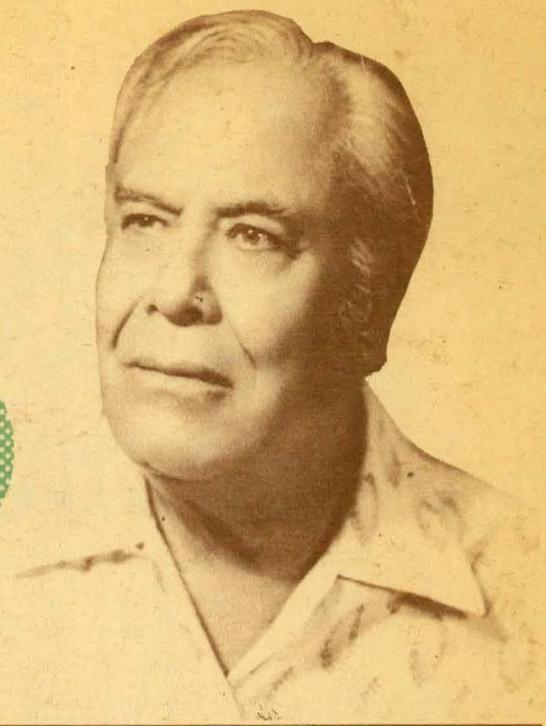
Habrán otras interrogantes de menor dimensión a las que responderá el acto electoral próximo. La crisis interna del PAN, prolongada y ahondada a través de varios años, junto con la aparición de nuevos partidos que le disputarán el voto antipriista, ¿llegará a su culminación esta vez, reduciéndose notoriamente su clientela? ¿Logrará el Partido Socialista de los Trabajadores engatuzar con sus apariencias de radicalismo e independencia a un considerable número de ciudadanos? La capacidad organizativa del Partido Comunista Mexicano y el arraigo popular regional del Partido Demócrata Mexicano, ¿los convertirán en fuerzas influyentes en el próximo Congreso?

Por lo demás, no obstante la eventualidad de algunas derrotas localizadas, prevalecerá el predominio del partido gubernamental. Muchísimas razones explican que así sea. Por lo menos en las grandes zonas urbanas, donde estarán presentes los representantes de los partidos, el fraude obvio quedará excluido. Ciertamente es que, con prepotencia, aún delante de esos representantes se pueden llenar urnas con votos priistas no emitidos por electores verdaderos, o trampear en el recuento de los sufragios, pero se trata de armas extremas caídas prácticamente en desuso. Aún sin incurrir en estas prácticas viciosas, el PRI conserva considerables márgenes de ventaja sobre sus oponentes.

Recuerdo vivamente —para citar un ejemplo personal de una de esas ventajas, la que procede del subdesarrollo político y la falta de entrenamiento cívico— la primera vez que entré a una casilla, siendo niño, en compañía de mi madre, que iba a votar. En la entrada de la escuela donde se estableció la urna, un gigantesco emblema del PRI cruzado por dos líneas se convertía en un instructivo de acatamiento obligatorio. Al entregarle su boleta, con toda naturalidad, propia de quien repite una y otra vez el mismo acto, y sin la menor intención constrictiva sino al contrario con la deferencia respetuosa del trato entre vecinos, el presidente de la mesa dijo a mi madre, señalando el lugar donde estaba el escudo priista: "Tache aquí, profesora".

Así, ¿quién no gana las elecciones?

Desaliento



sexenio, es decir, durante el tercero y el cuarto año de su periodo de seis. Agregamos que los dos años primeros se destinan a tomar bien el poder, a menudo agotado en sus significaciones por el gobierno antecesor, y a romper las estructuras de intereses cacicales, de campanario y otras que deja un gobierno al otro como herencia indeseable. Muchos esfuerzos dignos de mejor suerte se agotan en esa lucha transitoria e infecunda, pero absolutamente necesaria, dadas las características de nuestro sistema. Pasados esos dos años, el gobierno en turno puede ostentarse como el real, sin escondites de otras manos o cabezas. Puede acometer sus propias determinaciones y marcar las señales de sus propias voluntades. Pero esta plenitud de poder solamente dura dos años, pues al doblar el cuarto año, el poder presidencial sexenal entra en un declive que ya no tiene detención, las inquietudes futuristas se desatan y todo el tiempo disponible lo destina el presidente a resolver el más grave problema que le falta: formular y formalizar la sucesión presidencial para entregar su gobierno a un nuevo hombre, dentro de los lineamientos del sistema mexicano, los cuales siempre fallan y significan estorbos inevitables. A partir de entonces, nuestros presidentes tienen que prepararse al más difícil papel político que han de jugar en su vida: el de expresidentes de la República. A su hora, ellos también sentirán ganas de seguir influyendo en el gobierno nuevo, pensarán que de algo ha de servir su experiencia, pero se encontrarán siempre en el curioso papel de no poder aplicar sus conocimientos y su sabiduría política, justamente cuando la han alcanzado. Sea ello o no un desperdicio político de importancia, lo cierto es que entrarán pronto en el conjunto de hombres que ya no tienen nada que hacer, a menos que se decidan a jugar limpiamente un papel subordinado, aceptando un empleo sin importancia en la administración pública o al que ya no podrán darle la importancia a que estuvieron acostumbrados.

Curiosamente, el presidente López Portillo se decidió a exponer los tiempos de su gobierno dividiéndolo en bienios también, aunque con otros propósitos. Dijo que los primeros dos años los habría de ocupar en sortear lo más agudo de la crisis económica que heredó, que los dos años siguientes formularía las bases de la firmeza económica nacional y que los dos últimos años serían de un desarrollo acelerado y sólido. Lo hizo por consideraciones económicas y financieras; pero olvidando por completo los aspectos políticos a que

antes nos referimos. Por eso el presidente López Portillo nos dio un gran ejemplo de fortaleza y de presencia de ánimo al asumir el poder; lo hizo como un torero que sale a jugársela, afrontando todas las circunstancias que le ofrezca el astado que le tocó en suerte lidiar. No se sintió amilanado por la crisis brutal en que el país se encontraba; por el contrario, la afrontó con decisión y con entusiasmo tales, que daba la impresión de que traía en las manos una solución mágica para los problemas nacionales. Cuando en las tinieblas que rodeaban al país en aquellos momentos apareció la lucanita del petróleo como un posible factor para encontrar una ruta, la siguió convencido de que esa era la que podría iluminar todo el panorama. Los cerebros humanos y las computadoras que lo rodeaban le entregaron cifras de esperanza y de confianza singulares. Al considerar que tenía al alcance de la mano las soluciones fundamentales, se metió en una selva de planes y de programas que ordenaban y afrontaban los problemas pendientes; diferidos y agudizados en el país y pronto pareció que éramos, más que un pueblo de necesidades y de urgencias, una república de planificaciones y de proyectos por realizar, todos urgentes, todos atractivos, todos importantes: pero cuyos montos rebasaban y rebasan en mucho la totalidad de los recursos previsibles que podrían salir de la explotación petrolera. El valor y el arrojo estuvo en acometerlos sin vacilaciones.

Las soluciones tardan más en llegar que las previsiones en imaginarlas. Montones de cifras yacen en papeles que nos presentan un futuro promisorio cada vez más lejano. Reforma tras reforma acometidas, nos dan a menudo la impresión de que llevamos rumbos dispares y de que no todos los funcionarios se dirigen por el buen camino. Eso produce el desaliento que al parecer se ha apoderado del gobierno. Como suelen decir los rancheros a la hora en que calientan los fierros de herrar para señalar sus animales: son muchos fierros en las manos de los herradores y a menudo se producen equivocaciones lamentables.

Las imágenes personales de Hank González, de Reyes Heróles, de Díaz Serrano, no se han deteriorado; crecerán, se limpiarán, se iluminarán, serán restauradas. Por lo pronto, es la imagen misma del gobierno nacional la que se ha empañado: sube fatigosamente la cuesta del desaliento.